

Nota Editorial

EL CAMBIO CLIMÁTICO Y LA COP-25

Hace pocos días tuve un agradable encuentro con amigos de la infancia y uno de ellos –que actualmente tiene un importante cargo fiscalizador del estado– me preguntó sobre el escenario del calentamiento global. Extrañé en ese momento algunas de mis presentaciones que entrego a mis alumnos en las cuales resalto lo grave de la situación y la innegable evidencia científica acerca del calentamiento global, evidencia que demuestra que los glaciares se están derritiendo, que el nivel del agua del mar se está elevando, que las selvas se están secando, y que la flora y fauna está sufriendo la alteración de sus hábitats por el calentamiento acelerado del planeta, algo claramente provocado por los seres humanos.

Uno de los factores críticos causante de ese calentamiento es la emisión de gases de efecto invernadero que se acumulan en la atmósfera. Aunque no impiden el paso de la luz, esos gases retienen el calor por un tiempo que va más allá de nuestra comodidad térmica. Los gases de efecto invernadero son generados por las actividades de > 7.500 millones de personas que habitan nuestro planeta. Esta cantidad de personas supera notoriamente la capacidad de carga que resiste nuestro planeta, ya que desde hace décadas los seres humanos estamos usando en exceso los recursos naturales que nos sustentan. La explotación actual de los recursos naturales sobrepasa con creces la capacidad que tiene la tierra de regenerarlos. Es decir, no es sustentable.

El calentamiento global es llamado por algunos expertos “cambio climático”, puesto que si bien la temperatura de la tierra aumenta, tanto vientos como corrientes oceánicas mueven el calor por el planeta enfriando algunas zonas, calentando otras y también variando la cantidad de nieve y lluvia que cae en las distintas regiones. Esta es la razón por la cual el clima fluctúa según la zona geográfica.

Los seres humanos hemos aumentado la emisión de dióxido de carbono hacia la atmósfera sobre un 30% desde la revolución industrial. Actualmente, la cantidad de ese gas de efecto invernadero sigue en aumento acelerado sin que los gobiernos tomen medidas efectivas para disminuir su producción y mitigar sus efectos. Lo peor es que el planeta nos muestra signos de los efectos desastrosos del aumento del dióxido de carbono en la atmósfera. Las condiciones climáticas son cada vez más extremas, las tormentas cada vez más frecuentes y agresivas, y hay más periodos de lluvia seguidos de sequías prolongadas

que producen fuertes alteraciones ambientales, las cuales no sólo afectan a los seres humanos sino a toda la biota. La fauna silvestre –y los seres humanos– luchan por adaptarse localmente al clima cambiante, o en casos más extremos desplazándose a otras áreas. En ciertos casos, la situación climática, en conjunto con la pérdida de hábitats, puede llevar a muchas especies a su extinción local, o incluso global.

Diversos estudios científicos han mostrado que ciertas especies de aves, además de su disminución poblacional, han modificado sus patrones conductuales debido al cambio climático. Por ejemplo, aves que migraban anualmente, actualmente ya no lo hacen. Este es el caso de la cigüeña blanca (*Ciconia ciconia*) cuyo ciclo reproductivo fue alterado por efecto de las alteraciones climáticas impredecibles. Otras especies de aves están cambiando sus rutas migratorias, y otras se están mudando de sus hábitats naturales. Algunas, además, están disminuyendo de tamaño con el aumento de la temperatura global.

¿Y qué están haciendo nuestros gobernantes y nuestros expertos para mitigar los efectos de clima cambiante? ¡Para mí, muy poco! Uno de los eventos en el cual teníamos puesta toda nuestra esperanza era la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP-25 o Conferencia de Partes N° 25). En esa conferencia cerca de 200 gobiernos tomarían decisiones fundamentales para mitigar las consecuencias del cambio climático. Cabe recordar que la COP-25 este año tendría como sede a Chile, pero tuvo que ser trasladada a Madrid, España, como consecuencia de la explosión social ocurrida en octubre recién pasado en nuestro país.

Lamentablemente, los pocos acuerdos logrados en la COP-25 son menos que insuficientes para mitigar los efectos del cambio climático global. Las grandes potencias del mundo, que son las que más emanan gases de efecto invernadero, no están dispuestos a ceder, demostrando que el éxito de esos acuerdos es regido por intereses políticos y económicos, sin considerar que el planeta sigue deteriorándose y, por ende, llevándonos aceleradamente a un destino oscuro con aumento de enfermedades, muertes, crisis migratorias, sequías y hambrunas. La COP-25, a pesar de ser la más larga de la historia, fue calificada como débil y decepcionante, principalmente ya que no se concretó uno de los puntos clave de esta reunión: lograr el consenso respecto del artículo 6 del

Acuerdo de París que regula el mercado internacional de créditos de carbono. La des-carbonización de nuestra matriz energética y su reemplazo por energías limpias y renovables, era un objetivo central de esa reunión. En los últimos minutos de la COP-25, cuando ya muchos se apuraban para partir al aeropuerto, los participantes llegaron a un acuerdo denominado “Chile-Madrid Tiempo de actuar”. Este acuerdo propone una mayor ambición frente a la emergencia climática y abre un nuevo ciclo de reuniones para los países miembros de la ONU. Así, todos los países acordaron aumentar las metas para mitigar los efectos del cambio climático a partir de 2020 y cumplir con el Acuerdo de París. En definitiva, “se chuteó la pelota” y a esperar un año; un año en el que seguiremos presenciando como el planeta se deteriora aún más.

En este nuevo número de la RChO, estoy complacido de presentar dos artículos, cuatro contribuciones breves y un comentario de libro. En el primer artículo, Onaylis Triay y colaboradores analizan las conductas de forrajeo y variaciones espacio temporales de aves del bosque tropical cubano. Determinan en 23 gremios tróficos una compleja interacción debido a las diversas formas de uso del hábitat que hacen las aves y por la diversidad de maniobras de captura de presas y también el uso diferencial de estratos y sustratos disponibles.

Junto a los que han sido encargados del Centro de Rescate de Fauna Silvestre de la Universidad de Concepción, analizamos el historial de las aves ingresadas durante los últimos 16 años y discutimos aspectos tales como la identidad taxonómica de las aves, su origen geográfico, la persona o entidad que llevó al ave, la causa de ingreso, su estado de conservación, el tiempo de permanencia y su destino. Además, hacemos un análisis económico de las aves que debieron ser hospitalizadas durante ese tiempo.

Juan Aguirre y Fernando Medrano, documentan la presencia regular de más de 1.000 zarapitos de pico recto durante primavera en dos localidades de la comuna de Calbuco, Región de los Lagos: Pozo Pureo Chico y Canal de Quihua. Los autores proponen que esas localidades sean consideradas como un sitio de importancia para esa especie, incluso como sitio Ramsar.

Jorge Gallardo y Jaime Rau describen el ensamble de aves presente en la Isla Tenglo e Isla Maillen, ubicadas en el Seno de Reloncaví, Puerto Montt. Las 32 aves avistadas fueron categorizadas según su estado de conservación y los autores discuten sobre la importancia de

estas dos islas para algunas aves que visitan o viven en estas dos islas.

Tomás Rivas-Fuenzalida y Álvaro García documentan la observación hecha mediante una cámara “trampa” de un traro consumiendo los huevos en un nido de peuquito. Los autores discuten sobre las implicancias de la depredación intra-gremial para el caso del peuquito.

Tomás Rivas-Fuenzalida y colaboradores presentan el aumento de distribución del aguilucho chico (*Buteo albigula*), con 22 nuevos registros de esta especie para la región de Aysén y además dos nuevos registros para la región de Magallanes, estos datos permiten extender la distribución de esta rapaz aproximadamente 730 kilómetros más al sur de su distribución conocida.

Espero que aprovechen estas nuevas contribuciones y que sea motivación para que más investigadores vieran la información obtenida de sus estudios de aves a nuestra revista. Esta es una manera concreta de ayudar a los apasionados por las aves a entender más sobre sus historias de vida y, en especial, promover su conservación.

Agradecimientos

La calidad técnica de cada uno de los artículos publicados en el volumen 25 de la Revista Chilena de Ornitología fue posible gracias a los siguientes evaluadores:

María Paz Acuña, Sergio Alvarado, Enzo Basso, Ricardo Figueroa, Esteban Godínez, Gonzalo González, Tomás Ibarra, Silvina Ippi, Jaime Jiménez, Guillermo Luna, Fernando Medrano, Heraldo Norambuena, Valeria Ojeda, Eduardo Pavez, Cristóbal Pizarro, Víctor Raimilla, Pedro Rodríguez, Jürgen Rottmann, Jorge Ruiz, Daniel Sandoval, Miguel Santillán, Oscar Skewes, Ricardo Soto, José Valdebenito, Claudio Verdugo y Nélica Villaseñor.

Agradezco a todos estos especialistas que dedican desinteresadamente parte de su valioso tiempo para que nuestra revista siga divulgando información que aporta al conocimiento y conservación de las aves de Chile y el Neotrópico.

Daniel González-Acuña
Editor Jefe
Revista Chilena de Ornitología